

Martín Kohan

Argentinos, ¡a las cosas!





Seix Barral

Martín Kohan

Argentinos, ¡a las cosas!

UNA HÉLICE

No representa: *es*. Y no se trata de un objeto en exhibición meramente, se trata de un monumento de homenaje. Pero eso que el monumento homenajea, no aparece designado, evocado, figurado; está ahí: es la cosa misma. En el monumento a una hélice que existe en la ribera de Puerto Madryn, es la hélice lo que se da a ver, la propia hélice, la concreta realidad de su existencia. Es la hélice de un barco, o fue la hélice de un barco, ahora es solamente una hélice. Y está ahí, expuesta en un monumento.

Hay algo en esa mostración que queda especialmente acentuado; porque eso que el monumento destaca y ofrece a la mirada, es una cosa que habitualmente no se ve, que no se ve ni cuando se mira un barco, es lo que queda habitualmente sumergido, sabido pero oculto, decisivo pero íntimo, una especie de secreto en cierta forma. El monumento de Madryn genera, en ese sentido, un efecto de develación. Sabemos que los barcos se mueven, los vemos moverse de hecho, pero aquello que los mueve (que no es viento ni corriente de agua) queda siempre bajo la superficie, no es usual que asome y emerja, mucho menos que se deje apreciar por entero (¿y no es ésa acaso la

base, aunque a propósito del avistaje de ballenas, de lo que terminó de convertir a Puerto Madryn en un centro de atracción para el turismo?).

Una hélice de barco sin el barco, una hélice fuera del agua, quieta por definición. ¿Qué es, sino una fuerza de impulso, una pura fuerza de impulso, aunque ya no impulse nada ni tenga por dónde impulsar? Una herramienta de tracción, un instrumento de empuje, que ya no tracciona ni empuja pero en un tiempo por cierto lo hizo. Porque esta hélice no es una hélice cualquiera, esta hélice tiene un valor histórico (y por eso el monumento). Vale por lo que alguna vez traccionó, vale por lo que alguna vez empujó, cuando era parte de un barco, cuando estaba bajo el agua. Es lo que es: una hélice. Pero se expone por lo que fue.

Hay herrumbre en sus paletas, hay desgaste y raspaduras: la historia se integra a ella en sentido material. Fue la hélice del Villarino. Y el Villarino fue el buque que, zarpando desde el remoto puerto de El Havre, atracó en Buenos Aires el 28 de mayo de 1880 y concretó la repatriación de los restos mortales (mortales en el sentido de inmortales) de José de San Martín.

El Padre de la Patria completaba así su ciclo de expatriado y repatriado. Casi treinta años pasaron entre su partida al exilio y su muerte; y por pocos meses, casi otros treinta entre su muerte y su vuelta al país. Su partida contrariada en 1824 no dejaba de expresar, desde el rigor de su altura moral, una impugnación severa del estado de cosas en el país: pura discordia y guerras civiles (otro tanto significó su retorno fallido en 1829, en un barco cuya hélice tal como lo trajo se lo llevó de vuelta: se quedó

sin monumento, sin nada que conmemorar). Murió en Boulogne-sur-Mer, al norte de Francia, un año y medio antes de la batalla de Caseros. Y allá quedó enterrado, mientras acá caía Rosas, pasaba Urquiza, pasaba Mitre, pasaba Sarmiento, pasaba el tiempo.

El heroísmo de San Martín es de a caballo y es de montaña, pero a Lima la hizo caer desde un barco y desde el mar (armado más que nada de paciencia), y al país había vuelto en barco (en la fragata George Canning, en 1812), y morir murió frente al mar (se supone que añorando). San Martín es héroe de altura: subido al caballo primero, subido a la cordillera después; pero tiene también su «a nivel del mar»: navega y no sólo cabalga. El viaje póstumo es decisivo para redondear la configuración de la patria; es mayo de 1880, entre Avellaneda y Roca, medianamente estabilizado el orden interno, consolidada la unión nacional, dominado el territorio, organizado finalmente el Estado, ya había patria adonde repatriar al Padre de la Patria.

El barco que trajo sus restos se había armado en Inglaterra (igual que la Logia Lautaro, en cualquier caso: indica patria y no traición a la patria) y ese viaje, el de la repatriación, fue nada menos que el inaugural. De todo eso ahora queda la hélice: el resto del barco que trajo los restos. Expuesta en Puerto Madryn, con mar de fondo, en una especie de recodo de la avenida que lo bordea (uno dobla y se la encuentra; para saber que es una hélice, basta el primer golpe de vista; para saber de qué hélice se trata, es preciso acercarse y leer).

¿Y por qué en Puerto Madryn, por qué en Chubut, por qué en la Patagonia? Porque ese barco, el Villarino,

cubierta en un comienzo la travesía desde Europa (vale decir, la relación de Argentina con Europa, la conexión entre Buenos Aires y Francia), empleado posteriormente en acciones de beligerancia intestina, pasó a cumplir finalmente, como buque de la Armada, funciones de transporte por la costa patagónica. ¿No era ése, en definitiva, el territorio que quedaba pendiente en el mapa de los recorridos sanmartinianos? Nacido en Corrientes (por entonces, Misiones), regresado e instalado en Buenos Aires, debutante en armas en el litoral, de paso como jefe militar en el norte, convaleciente temporal en Córdoba, gobernador y organizador de guerra en Cuyo. Cubierto de distintas formas el espacio argentino disponible por el héroe nacional en ciernes, faltaba la Patagonia, claro, porque no fue sino en 1879 (un año antes de su repatriación) que pasó a estar, matanza mediante, bajo el control operativo del Estado nacional. Y allá fue, una y otra vez, el Villarino, el barco que devolvió a San Martín, a navegar esas costas, las patagónicas.

Fue ahí donde navegó y fue ahí donde naufragó. En marzo de 1899, un temporal de esos del sur lo sacudió y lo arrastró implacablemente, hasta hacerlo encallar, contra su voluntad, en la restinga de las Islas Blancas. Roto sin remedio, y ya sin esperanza, el Villarino terminó por hundirse en Bahía Camarones. Allá fue: al fondo del mar.

La épica patriótica (la del héroe en la cumbre de los Andes, la del rescate del exilio europeo, la de la eternidad de un más allá de la muerte) terminaba precisamente así: con un hundimiento. ¿Un destino dentro de otro? ¿Un destino, el de irse a pique, que se consuma, dentro de otro, el de grandeza, que se diluye? Del barco hundido

se rescataron, años después, distintas partes; entre ellas, significativamente, la hélice. De abajo del mar fue preciso rescatarla, tal y como en su momento, en un cementerio de Francia, fue preciso desenterrar el féretro ilustre del general San Martín.

El mar en Puerto Madryn está siempre apaciguado; lo rodea la tierra firme, lo cercan el continente y la Península Valdés. La calma general que define su carácter se resuelve mayormente en planicie y en un oleaje en sosiego. Un vendaval ante sus costas es, no sólo inconcebible, sino imposible por definición. Incluso las peores tormentas ocurren sobre un agua inmensa que mantiene su moderación esencial. Es ése el paisaje profundo que hoy sirve de trasfondo a la hélice del Villarino. Se diría que la protege, se diría que la pone a salvo de la catástrofe que alguna vez le aconteció. Postreramente, sí. Póstumamente.